

Serie

ALEGRÍA INDESTRUCTIBLE

Noviembre 15, 2023
Zoom ID: 898 9111 2295
PASSCODE: revive

“ LA ALEGRÍA DE JESUCRISTO “

TEXTOS:

1 Dios, que muchas veces y de varias maneras habló a nuestros antepasados en otras épocas por medio de los profetas, 2 en estos días finales nos ha hablado por medio de su Hijo. A este lo designó heredero de todo y por medio de él hizo el universo. 3 El Hijo refleja el brillo de la gloria de Dios y es la fiel representación de lo que él es. Él sostiene todas las cosas con su palabra poderosa. Después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la derecha de la Majestad en las alturas. 8 Pero con respecto al Hijo dice: «Tu trono, oh Dios, permanece para siempre; el cetro de tu reino es cetro de justicia. 9 Has amado la justicia y odiado la maldad; por eso Dios, tu Dios, te ha unguido con aceite de alegría, te prefirió a ti por encima de tus compañeros». Hebreos 1:1-3,8,9

PARA PENSAR:

Si un socorrista te salvará de la resaca del océano Atlántico, no te importaría nada que fuera una persona triste o melancólica. No te preocuparía su estado mental cuando estuvieras abrazando a tu familia en la playa. Con la salvación de Jesús, sin embargo, las cosas son muy distintas. Jesús no nos salva para nuestra familia, sino para él. Si él fuera alguien triste, nuestra salvación sería triste también. Y si así fuese, ¡vaya salvación!

Nuestra recompensa es Jesús **mismo**, nada menos, y todo lo que Dios es para nosotros en él. *Yo soy el pan de vida Si alguno tiene sed, venga a mí y beba (Juan 6:35; 7:37).* La salvación no consiste principalmente en el perdón de los pecados, sino en la comunión con Jesús. *Fiel es Dios, quien los ha llamado a tener comunión con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor. (1 Corintios 1:9).* Lo que hace el perdón es quitarlo todo de en medio para que sea posible esa comunión. Si la comunión no nos satisface por completo, entonces la salvación no es nada del otro mundo. Si Cristo fuera una persona triste, o incluso alguien calmadamente estoico, la eternidad sería un suspiro muy, muy largo.

PRIMERA RAZON:

Pero la **gloria** y la **gracia** de Jesús es que él es y será indestructiblemente feliz para siempre. Digo que ésta es su **gloria** porque la tristeza no es gloriosa. Y digo que es su **gracia** porque lo mejor que Cristo nos ofrece es su gozo. *Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido* (Juan 15:11). Jesús no mostraría toda su gracia si aumentara **mi** gozo hasta mi propio límite y luego no me diera el suyo. Mi capacidad de gozo es muy pequeña, pero Cristo no sólo se ofrece como objeto divino de mi gozo, sino que además me traspasa su capacidad de gozo para que yo pueda disfrutar de él con el mismo gozo de Dios. Esto es gloria y esto es gracia.

No es glorioso ser triste, así que Cristo nunca ha sido triste. Desde la eternidad, Cristo ha sido el espejo de la alegría infinita de Dios. La Sabiduría de Dios pronunció estas palabras en Proverbios 8:30: *Con él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día, teniendo solaz delante de él en todo tiempo*. El Cristo eterno, agente feliz en la creación e igual a Dios, se regocijaba en todo tiempo delante de Dios y en todo tiempo era el deleite de Dios. Esto lo encontramos dos veces más en el Nuevo Testamento.

En Hebreos 1:8–9 Dios le habla al Hijo, no a los ángeles, con estas asombrosas palabras: *Tu trono, oh Dios, el siglo del siglo [...]. Has amado la justicia y aborrecido la maldad, por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, te ha ungido, con óleo de alegría más que a tus compañeros*. Jesucristo es el ser más feliz del universo. Su alegría es mayor que la de todos los ángeles del cielo. Él refleja perfectamente el infinito, santo e indómito regocijo de su Padre.

Y en Hechos 2:25–31, Pedro interpreta el Salmo 16 con referencia a Cristo: *Veía al Señor siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua [...]. Porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción [...] Me llenarás de gozo con tu presencia*. El Cristo resucitado se deshará de las sombras de la muerte y se alegrará con la alegría misma de Dios. La gloria de Cristo es su infinito, eterno e indestructible gozo en presencia de Dios.

SEGUNDA RAZON

Pero si no es glorioso ser triste, tampoco es glorioso ser frívolo. Las risas despreocupadas de una gala en un salón de baile no tienen nada que ver con el gozo incontenible de un campo de trabajo ruso. Las primeras son triviales; el segundo, triunfante. Las primeras son frívolas; el segundo, glorioso. Existe una sonrisa postiza que nunca ha conocido el dolor, y que no lo convierte a uno en un gran pastor, ni en un gran Salvador. Pero Cristo sí que es un gran Salvador.

Por tanto, este hombre de gozo indestructible era *varón de dolores, experimentado en quebranto* (Isaías 53:3). *Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo* (Mateo 26:38). Este “gran Sumo Sacerdote” puede identificarse con nosotros en nuestras debilidades porque fue tentado en todo como un hombre igual a nosotros (Hebreos 4:14–15). Lloró con los que lloraban (Juan 11:35) y se alegró con los que se alegraban (Lucas 10:17, 21). Tuvo hambre (Mateo 4:2), se cansó (Juan 4:6), fue abandonado (Mateo 26:56) y traicionado (Mateo 26:45), azotado (Mateo 27:26), escarnecido (Mateo 27:31), y crucificado (Mateo 27:35).

Que el gozo sea indómito no significa que sea lo único que hay. ¿Quiere esto decir que Cristo estaba dividido, desgarrado entre la alegría y la tristeza? ¿Puede un alma infinitamente gloriosa sentirse turbada? Turbada sí, pero desgarrada y desunida, no. Cristo era complejo, pero no estaba confundido. En la música de su alma había notas divergentes, pero el resultado era una sinfonía. La complicada estrategia bélica de un general puede permitir que el enemigo tenga

aparentes triunfos tácticos temporales, sólo para obtener una victoria mayor al final. Aunque a los que sólo ven una parte del campo de batalla les pueda parecer un indicio de la confusión existente en la mente del general, no es así en absoluto. En realidad, ésa es su gloria. Puede que el Océano Pacífico tenga miles de tormentas, pero desde el aire, a una distancia de cientos de kilómetros, no es más que una grandiosa, profunda, tranquila y gloriosa masa de agua inagotable.

TERCERA RAZON

Lo que sostuvo a Jesús a través de las agonías de Getsemaní y del Gólgota fue el gozo indestructible. *Por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios* (Hebreos 12:2). ¿Y en qué consistía ese gozo sustentador? Era el gozo de recibir la adoración de aquellos por quienes estaba muriendo para hacerlos felices en Dios. El Buen Pastor se regocija por una oveja perdida (Mateo 18:13). ¡Cuánto más se regocijará por los innumerables ejércitos de los rescatados!

¿No nos enseña esto una lección de cómo sufrir? ¿Alguna vez has observado que hemos sido llamados a imitar no sólo el **sufrimiento** de Jesús, sino también el **gozo** del Señor en dicho sufrimiento? Pablo les dijo a los Tesalonicenses: *Y vosotros vinisteis a ser imitadores del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo* (1 Tesalonicenses 1:6). El gozo del Señor en medio de la aflicción fue lo que llenó a aquella joven iglesia. Esto es un llamamiento para nosotros en nuestro presente. ¿Aceptaremos el sufrimiento por la causa de Cristo? No la falta de gozo, sino el sufrimiento. ¿Escucharemos el llamado de Hebreos 13:13: *Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio*? La respuesta dependerá de qué es lo que preferimos, la ciudad de Dios o la ciudad del hombre.

¿Responderemos: *Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir* (Hebreos 13:14), o nos aferraremos a los fugaces placeres de Egipto (Hebreos 11:25–26)?

Para los que han probado el gozo de Jesús, ciertamente no hay nada más convincente que la esperanza inigualable de oír su palabra final: *Bien, buen siervo y fiel [...]. Entra en el gozo de tu señor* (Mateo 25:21). La ciudad de Dios es una ciudad de gozo, y ese gozo es el gozo indestructible de Cristo.

PENSAMIENTO FINAL

Padre, nos consuela mucho saber que tú y tu Hijo nunca sois ni frívolos ni tristes. Nos deleitamos en la verdad de que tú puedes ser infinitamente feliz sin ser insensible a nuestro dolor. Nos maravillamos al ver que la luz del gozo de Jesús dibuja un arco iris en las lágrimas de su rostro. Nuestro deseo es ser así. Queremos ser fuertes e inamovibles en el gozo de nuestra fe. Pero no queremos ser ajenos ni a pesar de nuestro propio pecado ni al dolor de la aflicción de los demás. Oh Dios, cumple en nosotros el propósito de tu Hijo al prometer que su gozo estaría en nosotros y que nuestro gozo sería cumplido. Haz que el fruto del Espíritu —el gozo— florezca en nuestra vida. Llénanos de tu inquebrantable amor cada mañana para que podamos gozarnos y alegrarnos en ti. Despierta nuestras soñolientas almas del sueño de la apatía. Quítanos la tibieza del corazón. Aviva el fuego del cielo por la gloria de tu nombre. Que Cristo, con su indestructible gozo, more en nuestros corazones de tal manera que día a día nos vayamos ajustando cada vez más a su gozosa imagen. Y que de ese modo podamos ser lugar de refugio y refrigerio eterno para un mundo sin esperanza en busca del gozo, lleno de personas que no saben que tienen sed de la gloria del gozo de Dios en Jesucristo. En su nombre oramos, amén.

